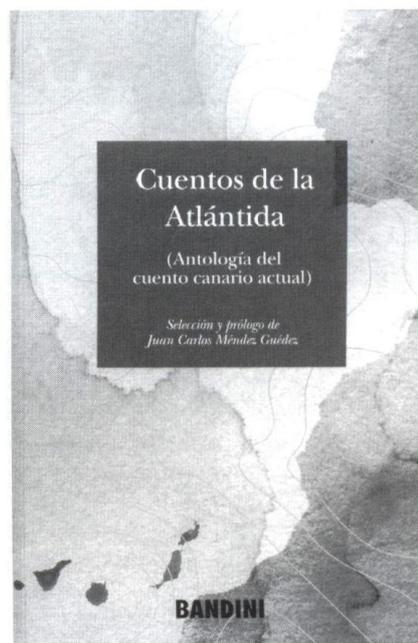


CUENTOS DE LA ATLÁNTIDA

FRANCISCO JAVIER DE LA ROSA



CUENTOS DE LA ATLÁNTIDA
(ANTOLOGÍA DEL CUENTO CANARIO ACTUAL)
SELECCIÓN DE JUAN CARLOS MÉNDEZ GUÉDEZ
BANDINI Y T&B EDITORES, MADRID, 2005.

El escritor venezolano Juan Carlos Méndez Guédez nos ofrece en *Cuentos de la Atlántida* (*Antología del cuento canario actual*) una nueva visión de la narrativa breve canaria más reciente. Esta selección se distingue de otras anteriores en dos aspectos: en limitarse a los diecinueve autores más representativos de la segunda mitad del siglo XX y en la intención de configurar una perspectiva del cuento canario destinado a lectores que están fuera del contexto de las islas. Tal y como acontece en tantas ocasiones, la visión que puede aportar un crítico que se acerca a una literatura que le es en cierta medida ajena, si bien puede no ser profundamente original, si tiene algo de valiente y distinta, como una luz insospechada que se proyecta sobre un rincón tantas veces visto de nuestra habitación. Juan Carlos Méndez Guédez, dejando a un lado discusiones paralizantes sobre la existencia o no de una cuentística canaria, sobre su importancia o nulidad crítica, se acerca sin prejuicios a la literatura canaria con el objetivo de ofrecer un retrato veraz de cómo se escribe en estas islas.

La antología pone de relieve desde el título una de las constantes que la crítica ha señalado como característica del cuento canario actual: la percepción mítica de la

realidad. Como ocurre con los grandes mitos universales (la destrucción y la creación del mundo, la Edad de Oro, la pérdida y expulsión del paraíso, la pareja original, el robo del fuego sagrado, la concepción virginal del héroe...) el mito de la Atlántida señala una constante de la psique humana, una consecuencia inherente y recóndita del paso del hombre por el mundo, un interrogante tenaz que el mito pretende aplacar. Los cuentistas canarios recientes, herederos imaginarios de esa irreplicable civilización perdida, toman la leyenda, la historia mágica que alimenta la imaginación de generación en generación, como fundamento para generar una identidad que los represente. Parece existir un paralelismo en la historia reciente de la literatura canaria, tan favorecedora de movimientos artísticos que potencien la transformación imaginaria de la realidad, como el surrealismo, el modernismo y el grupo *Fetasa*, con la preeminencia del mito en nuestra escritura. Parafraseando las palabras que Critias dirige a Sócrates antes de contarle la extraordinaria historia de la Atlántida, podemos afirmar que los narradores canarios cuentan historias muy extrañas, pero que encierran una verdad indudable: la verdad viva del mito.

No obstante, debemos entender adecuadamente lo que significa el mito dentro de los cuentos antologados, ya que no estamos afirmando la presencia de una serie particular de mitos que alimenten la creación isleña ni de una idéntica actitud ante la escritura de todos los cuentistas. Lo que sí comparten los narradores de esta selección es la idea de que la realidad por sí misma no es suficiente. Lo que entendemos por “real” no es más que una construcción estandarizada de la existencia, promovida por una sociedad que busca la homogeneización de las conciencias en detrimento de sus necesidades reales y la imposición de un lenguaje inoperante que no ponga en duda las deficiencias de nuestro modo de vida. Frente a esta situación, estos cuentistas emplean distintas estrategias para hacernos salir de nuestra realidad sombría hacia los resplandores de lo fabuloso. Autores como David Galloway, Alberto Omar Walls, León Barreto y Felix Hormiga, por citar algunos nombres recogidos en *Cuentos de la Atlántida*, nos colocan frente a unos personajes que habitan un mundo ordenado y estructurado según nuestra visión compartida de las cosas, para posteriormente irnos revelando la cara insospechada de la realidad. “Diez grados centígrados”, de David Galloway, nos sitúa ante un personaje llamado Ulises el cual vive una fantástica odisea dentro de su nevera, para finalmente descubrir que desde siempre su vida ha estado encerrada en un molde limitador. En “El hombre

del sombrero hongo”, Omar Walls emplea un acto insignificante como es el que un hombre se quite el sombrero para hacer surgir un mundo paralelo donde los niños suplantán a los adultos en el manejo del poder. Otros escritores, como los fetasianos Isaac de Vega y Rafael Arozarena, y aquellos que comparten muchas de las premisas de este movimiento netamente insular, como Juan José Delgado y Agustín Díaz Pacheco, trazan directamente las coordenadas de una realidad extraña y extrañante, en la que debemos reconsiderar nuestros hábitos sobre la naturaleza de las cosas. Cada cuento funciona como un mundo autosuficiente, regido por sus propias normas y requiere la participación activa del lector para desentrañar su sentido. Como podemos ver, cada escritor, siendo fiel a su personalidad literaria, plantea el procedimiento que considera más adecuado para extraer la esencia fabulosa que se esconde en el continuo de la existencia.

Apartándonos de estas consideraciones, lo que claramente viene a demostrar *Cuentos de la Atlántida* es que a lo largo de la segunda mitad del siglo XX el cuento canario va ganando carta de madurez. Los comienzos en los años cincuenta a cuenta de los fetasianos fueron tímidos, como correspondía a la circunstancia cultural de la época, pero de una importancia capital, pues establecieron un modelo de entender el cuento que perdura hasta los cultivadores más novísimos. La década siguiente trajo consigo tres cultivadores fundamentales del cuento en Canarias. Luis Alemany, Alberto Omar Walls y Víctor Ramírez, quienes protagonizan la trayectoria del cuento en los 70, proporcionaron novedades fundamentales como el uso literario de la lengua coloquial y la crítica de la realidad social. El cuento canario aborda su época de bonanza creativa en los 80, justo cuando las condiciones editoriales y de mercado que favorecieron la aparición del *boom* de la narrativa canaria tocaban a su fin. Al mismo tiempo, los escritores abandonan la temática insular y la recuperación de las señas identificatorias de lo canario para considerar la insularidad como una parte inherente a su idiosincrasia, algo que no se necesita destacar porque está siempre ahí como condición inevitable en su creación. El cuentista canario utiliza la isla como medio para dar cuerpo a las fuerzas imaginativas que necesita expresar, como atalaya desde la que entender la problemática de la actualidad y establecer relaciones con el resto de tradiciones literarias del mundo. Así comprobamos que el cuento de Ricardo García Luis, ambientado en la noche de una ciudad indefinida en la que un anciano busca a la imagen de un perro que perteneció a su infancia, y el de Víctor Álamo de la

Rosa, donde la isla es símbolo de lo fundamentalmente subjetivo de la realidad, son muestras legítimas de la esencia de la insularidad, ya que el cuentista canario habita en la misma isla que el resto de la humanidad: la isla cercada por el mar de lo indeterminado, donde todos buscan trazar caminos de certidumbre mediante la palabra.

En el aspecto de las cosas a mejorar en esta antología destacamos dos. El primero es la ausencia de algunos nombres importantes (el más destacado es el de Roberto Cabrera, uno de nuestros cuentistas de más vocación y calidad). El segundo es el hecho de que el responsable de la antología no indique el título del libro de relatos del cual procede el cuento seleccionado. Es realmente una lástima esta ausencia de referencias sobre la procedencia de los textos que nos encontramos en *Cuentos de la Atlántida*, pues una antología orientada a un lector desconocedor de la narrativa canaria debe ayudarlo a introducirse en el corpus textual del que procede, y no dejarle perdido cuando, seducido por el cuento de alguno de nuestros narradores, quiera empezar la lectura de dicho autor por el volumen al cual pertenece el cuento que le ha llamado poderosamente la atención.

Pese a estas pequeñas faltas, *Cuentos de la Atlántida* supone una magnífica muestra del estado y tendencias que abarca nuestra cuentística viva, un género en que la imaginación isleña apuesta muchas de sus esperanzas literarias.